





**Samuel Toledano**  
Fotografía de Mariela Wernick

**REPÚBLICA DE NUEVA YORK**  
**(AÑO CERO)**

**LA FELGUERA**

La Felguera es un colectivo de supervivientes de la sociedad espectacular. Una osadía conspirativa, una editorial, una publicación. Un arma para no permanecer desarmados y también una consigna: pasión o barbarie.

Primera edición: mayo de 2005  
Editorial La Felguera. Madrid, Tenerife.

Contacto de la editorial y del autor:  
P.O. Box 18.101. 28080, Madrid.  
P.O. Box 593. 38200, La Laguna, Tenerife.  
lafelguera@nodo50.org  
www.nodo50.org/lafelguera

Impreso en: Publidisa

ISBN: 84-609-6002-1  
Depósito Legal: SE-3592-2005 European Union

Queda prohibido el uso de la totalidad o de parte del libro (incluidas las fotografías) sin el consentimiento expreso de La Felguera y de los autores. Para cualquier uso no comercial se deberá consultar con la editorial.

Agradecimientos: a las personas que leyeron estas primeras historias hace tiempo (en especial a Beatriz), a los pocos que están y estarán (mi familia, Patricia, Daniel, Lorena y Nuria). Y siempre, a La Felguera y a Servando Rocha, con quien la revolución alcanza cada día una imagen más hermosa.

*A mi hermano*



La ciudad parece estar consumiéndose poco a poco,  
pero sin descanso, a pesar de que sigue aquí.  
No hay forma de explicarlo; yo sólo puedo contarlo,  
pero no puedo fingir que lo entiendo.  
Paul Auster. *El país de las últimas cosas*





## ÍNDICE

Introducción [ 11 ]

Grupos de odio [ 13 ]

Banderas [ 18 ]

Neoyorquinos [ 24 ]

Cortesía, profesionalidad y respeto [ 28 ]

Ideología versus profesionalidad [ 33 ]

Windows on the world [ 37 ]

El puente de Brooklyn [ 40 ]

American gangs [ 44 ]

11 de septiembre [ 47 ]

East Village [ 63 ]

Los especiales mexicanos [ 65 ]

Los niños blancos ya no juegan [ 68 ]

October 22 [ 70 ]

12 de septiembre [ 75 ]

En el metro [ 79 ]

Elecciones [ 81 ]

Utica [ 86 ]

Café y periódico [ 90 ]

Giuliani [ 93 ]

Mi vida en un carro [ 98 ]

Yo estuve allí [ 102 ]

Caminando por Colombia [ 106 ]

Cheese cake [ 110 ]

Sombra y frío en Wall Street [ 112 ]

No todo es Broadway en Nueva York [ 115 ]

## INTRODUCCIÓN

Todo parece como aquel libro de Paul Auster, en el que uno aterriza en el país de las últimas cosas y se encuentra rodeado de gente que vive con la certidumbre de que algo va a cambiar su existencia en cualquier momento, pero nadie es capaz de ponerle una fecha a ese cambio, ni siquiera es posible predecir con exactitud en qué va a consistir la nueva era. Pero es real, no es un simple presentimiento, es la certeza de que algo llega a su fin y de que, repentinamente, todo comenzará de cero.

Y aunque no lo parezca, aún hay gente que está convencida de que el principio y el final de todo están marcados inexorablemente por el nacimiento y la muerte. Se equivocan: siempre hay un momento en el que todo comienza otra vez, en el que abres los ojos y descubres que nada es como antes, como si alguien hubiera arrancado las páginas de tu álbum de fotos y tuvieras que comprar uno nuevo, todavía en blanco, y volver a ponerte delante de las cámaras, para demostrar al mundo que tienes una vida y que aunque te hubieras desprendido de la anterior aún sigues dispuesto a llegar lejos, muy lejos, pero empezando de cero.

La paradoja de lo nuevo es que ilusiona y aterriza a partes iguales. Comenzar otra vez, desde la nada, da miedo, pero es parte del ciclo vital, y por doloroso que pueda ser pocas cosas te dan más satisfacción que sentirte capaz de construir tu vida nuevamente: nuevas personas, nuevas ciudades, nuevos deseos y nuevas fotos apiñadas en un álbum aún vacío. No se trata de huir, al menos no como fin de tus actos. Se trata

simplemente de abandonar la seguridad en la que te has instalado plácidamente para embarcarte en un proyecto del que es imposible saber si algún día llegará a su fin.

Y Nueva York también empezó de cero, un día, y hasta tuvo su zona cero. Obviamente me refiero al 11 de septiembre de 2001. Fue la fecha que más ha marcado la historia de esa ciudad, junto a aquel día a principios del siglo XVII en que unos holandeses compraron a los indios delaware la isla de Manhattan por sesenta florines.

Lo ideal hubiera sido que, tras la caída de las torres, la ciudad cimentara su nuevo crecimiento abandonando su prepotencia mundial y desterrándose para siempre del vínculo que tiene con el resto de los Estados Unidos. ¡Bienvenidos a la República de Nueva York! Lo dijo Auster, un día, esta vez en una entrevista, nada de ficción: debería ser una república, no tenemos que pertenecer a este país.

Pero no existe. Por más que uno rebusque en el mapa no encontrará esa república. Encontrará una ciudad llamada Nueva York, repartida entre varias islas y el continente, y sujeta, eternamente, a un país llamado Estados Unidos de América.

Estuve tan cerca de ellos como era posible sin ser realmente uno de ellos y luego tan lejos como pude sin dejar el planeta.  
Michael Herr. *Despachos de guerra*

### **GRUPOS DE ODIO (crónicas desde el frente)**

Imagina que un día, frente a ti, hay una anciana con aspecto adorable que escupe odio en todas y cada una de sus palabras. Imagínala, tan educada y correcta en sus maneras que eres incapaz de pensar que esta señora pueda decir ni una sola palabra malsonante. Y sin embargo, todo en ella es racismo.

A mí nadie me dijo que ese día iba a ser corresponsal de guerra, y menos aún que la guerra estuviese localizada en un pueblo de Long Island con el extraño nombre de Ronkonkoma, a tan sólo hora y media del centro de Nueva York.

En ese pueblo, en un auditorio construido en homenaje a los soldados muertos en Vietnam, se celebraba la primera reunión anual de grupos de odio. Obviamente éstos no se calificaban de tal forma, sin embargo, son conocidos así en todo el país por promover medidas contra la inmigración y por inspirar, al menos ideológicamente, las palizas a los inmigrantes.

Yo estaba a salvo: era periodista, era europeo y era blanco. Pero por algún extraño motivo tenía la impresión de que los herederos del Ku Klux Klan vigilarían al corresponsal de un periódico latino. Y es que los señores y señoras *WASP* (White Anglo Saxon Protestant-Blanco, anglosajón y protestante) tenían

claro que los latinos, especialmente los mexicanos, eran un peligro para los Estados Unidos.

Reconozco que ver desfilar a la flor y nata del racismo americano me excitaba, me hacía sentir como el enemigo a las puertas de la batalla. Pero yo no era el único, todos los medios nacionales, con sus respectivos equipos de redactores, cámaras y fotógrafos, estaban ahí, para acudir al gran evento que estos grupos habían preparado desde hace meses.

Yo también me había preparado, y con mucho esmero: reconocía las caras y las palabras de cada uno de los miembros que iban a participar, conocía sus discursos, sus ideas... y sus odios.

Tanta preparación que hasta soñé con mi muerte, con la grabadora en la mano, mientras grupos de enfurecidos racistas me gritaban y golpeaban en el suelo, a las puertas del edificio. Y la policía, inmóvil, hasta que por fin uno se acercaba y me reconocía como latino, y entonces todos los uniformes se unirían en esta orgía ideológica contra el foráneo.

Obviamente no fue así. De hecho, la reunión fue un auténtico fracaso. El número de periodistas era superior al de asistentes, que apenas llegaba a 50 personas, todos con sus caras *WASP* y sus barrigas Budweiser, todas dignas de postal: ¡Bienvenidos a la América real!

Ni siquiera vinieron latinos para plantarles cara. Así que las batallas campales, con policía de por medio y cejas sangrando, se quedaron en mi imaginación, sin poder pasar a las páginas del periódico.

Pero mi guerra era otra: acercarme a las mentes privilegiadas que se educaron en ese rechazo al inmigrante. Quise hablar con todos, incluso con esa hija

de mexicanos que pedía que no vinieran más inmigrantes a “su país”. O la de aquella mujer negra, que fue vitoreada como ídolo nacional, y que hablaba del odio que su raza sentía por las leyes americanas, allá por los 60, y que decía que ahora, los mexicanos, no odiaban las leyes, sino que odiaban el país que les acogía.

La batalla fue dura, y aunque estuve cerca de la retirada, la gané. Sin embargo, cometí un error, tanto tiempo aguantando la respiración mientras entrevistaba a una de estas señoras llegó a su fin con un pensamiento que no debió salir por mi boca:

–¿Es que acaso no son también los Estados Unidos responsables de la situación en esos países? –pregunté con cara enfurecida cuando ella me dijo que cada país tenía que resolver sus problemas.

Por lo visto, a la señora de aspecto indefenso y adorable, ésa que escupe odio en todas y cada una de sus palabras, le daban pena los inmigrantes que estaban en Estados Unidos, pero decía que lo mejor que podían hacer era irse, que se las arreglasen ellos solos en sus países.

A media tarde, tras el monumental fracaso de esos señores, me fui a la estación y cogí el tren: de vuelta a Manhattan, sin ninguna herida de bala, sin ni siquiera una simple magulladura de la que poder presumir. No es justo, era mi primera crónica de guerra y parecía que me había reunido con unos ancianos que se escaparon del asilo.



El investigador Samuel P. Huntington afirma que los inmigrantes amenazan con dividir a EE UU

Boston (Agencias). En medio de una fuerte polémica, ayer se puso a la venta en Estados Unidos el libro *Quiénes somos (Who are we?)* del conocido académico Samuel P. Huntington, en el que advierte de que el desafío más inmediato y serio a la identidad tradicional estadounidense viene de la inmensa y continua migración de América Latina, especialmente de México.

Según el profesor de la Universidad de Harvard, autor del libro *Choque de civilizaciones*, los elevados flujos de esos emigrantes “amenazan con dividir a Estados Unidos en dos pueblos con dos culturas y dos idiomas” diferentes, el inglés y el español.

Esto es debido a que, “a diferencia de grupos de emigrantes en el pasado que llegaban a Estados Unidos, los latinos y mexicanos no se adentran al resto de la sociedad” estadounidense y preservan sus costumbres y lealtad a sus países de origen, agregó.

“Estos latinos forman sus propios enclaves (culturales), como sucede en las ciudades de Los Ángeles y Miami, rechazando los valores anglosajones que permitieron construir nuestra sociedad y el sueño estadounidense”, aseguró en un adelanto de su libro publicado en la revista *Foreign Policy*.

Los hispanos, acusó, son lentos para aprender el inglés, permanecen en barrios predominantemente



‘latinos’ y tienden a no dispersarse, su nivel de educación está por debajo de otros grupos sociales, y tienen menos emprendimiento y capacidad de liderazgo.

Huntington dijo que la inmigración de México es diferente de otras oleadas inmigratorias por una serie de razones, entre ellas la cercanía de México a Estados Unidos y el gran número de inmigrantes legales e ilegales provenientes de la vecina nación.

“A nivel demográfico, social y cultural, la ‘reconquista’ del suroeste de Estados Unidos por parte de inmigrantes mexicanos está en marcha”, señaló.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Noticia publicada por el periódico *El Universal* y recogida por [rebelión.org](http://rebelión.org)

Porque América es el país más grandioso que Dios nunca haya creado, y si no te gusta, te puedes volver a la puñetera mierda de donde viniste. No hay nada en el mundo que América no pueda hacer por ti, si tú se lo pides como un hombre. Puedes estar sentado en la silla eléctrica y, mientras empiezan a dar la corriente, puedes leer las noticias sobre tu propia ejecución; puedes ver una foto tuya sentado en la silla eléctrica, mientras esperas para ser ejecutado.

Henry Miller. *Primavera negra*

### **BANDERAS (esos símbolos de barras y estrellas)**

El 13 de septiembre apareció una bandera en la puerta de mi casa. Yo no la puse, y seguramente tampoco la puso la chica japonesa que vivía conmigo. Puede que ni siquiera la pusieran los chinos, que vivían en los otros dos apartamentos inventados en la parte trasera de una vivienda unifamiliar en el centro de Brooklyn.

Vivienda plurifamiliar –puntualizo– con una familia propietaria que nunca conocí y que vivía en la parte delantera de la casa, con su porche, sus escaleras y su pedacito de jardín. Y detrás, tres apartamentos en los que había una familia china –con abuela incluida, eran siete para dos habitaciones–, una pareja de chinos, y mi apartamento. Y da gracias, el mío era un bajo, los otros dos eran sótanos, con sus ventanas a la altura del suelo.

Todo armonía entre desconocidos hasta que el día 13, en la puerta de cristal que da entrada a los tres

apartamentos, apareció pegado un trozo de papel, con sus correspondientes barras y estrellas. Cuando me fui, dos meses más tarde, el papel seguía ahí.

La bandera de Estados Unidos, ya de por sí vanagloriada y respetada como símbolo nacional, patriota, imperialista y conquistador –como es lógico esta visión no es unánime– pasó a ser la respuesta de duelo por los muertos del 11 de septiembre.

Vi cómo bomberos y miembros de los equipos de rescate llevaban una banderita en sus cascos, caminando hacia las ruinas del World Trade Center. También vi en una pantalla la bandera recuperada de las ruinas, algo destrozada. Luego, meses más tarde, en los Juegos Olímpicos de Salt Lake City, la volví a ver mostrada al pueblo norteamericano, como recuerdo de una nación herida.

Tanta bandera tuvo su utilidad: las miradas a los de fuera se hacían algo más que amenazantes y las tiendas de pakistaníes y demás ciudadanos con aspecto árabe se convirtieron en un escaparate de las más variadas banderas, todas de barras y estrellas, claro. Los modelos iban desde el tamaño sábana, suave al tacto, al tamaño cartera, de plástico barato.

Yo comprendo que el americano medio, con ese apego por su bandera, con esa deficiente educación general y con disparates geográficos de relevancia presidencial, metiera a todos los árabes en el mismo saco, pero no pensé que fueran capaces de meter a chinos, tailandeses, filipinos y japoneses en ese cóctel de ciudadanos no deseables junto a los afganos o iraníes sólo por ser del mismo continente.

Mis vecinos eran orientales, pero de esos de ojos rasgados, suficientemente rasgados para no ser confundidos con los malos de turno. Es posible que tuvieran miedo, por eso de ser de fuera, supongo. Eso lo podía entender, pero no admitía ver cómo esas banderas que copaban las calles llegaban hasta la puerta de mi casa.

Aunque a todo se acostumbra uno. Tanta tela y tanto plástico de barras y estrellas terminan por difuminarse en el paisaje urbano, como la suciedad del metro, el policía en cada esquina o el camello apoyado en la pared de un McDonald's.

La bandera de mi puerta, sin embargo, la odiaba. Llegaba cansado a casa, tras ocho o nueve horas trabajando y casi dos horas de diario transporte, y ahí seguía, detrás del cristal, inamovible. Estaba pegada con cinta adhesiva, por dentro, a salvo de la intemperie.

Pensé en arrancarla y esperar a que echaran la culpa a cualquiera de los que allí vivían. Los sospechosos estaban a la vista: una japonesa, un latino –yo–, una familia chino-americana y otros dos chinos –éstos de reciente adquisición yanqui–. En total éramos once personas. Los chinos caerían primero, eran los enemigos hasta el 10 de septiembre. Aunque la verdad, estoy seguro de que me hubieran descubierto enseguida: todos juntos, en una rueda de reconocimiento: la abuela, el hijo, la nuera, los niños, los otros dos chinos, mi compañera japonesa y yo. Todos retenidos durante semanas en un sótano policial hasta que llegara el vecino chivato y señalara al culpable. No hacía falta esperar tanto para saber quién era, hubiera bastado con ver mi sonrisa cada mañana,

cada noche, al llegar a casa y encontrarme con un cristal limpio, sin banderita de barras y estrellas.

Tras meditar las posibles consecuencias decidí que la bandera podía permanecer en la puerta durante unas semanas, hasta que se calmara la situación y los trapos de los coches, casas y calles dejaran de ondear. Pero no lo hicieron. Ahí seguían, desafiando al viento.

Mi tarea, hasta el último día, consistió en desgastar esa bandera. Los días de lluvia dejaba la puerta abierta, para que se mojara –duro papel–. La arañaba de vez en cuando, con pequeñas marcas en las esquinas, e incluso provoqué que la cinta adhesiva dejara de ser adhesiva, pero ni aún así: alguien tuvo la necesidad de reparar el daño y poner un nuevo trozo.

La bandera, el día que me fui, parecía una hoja de papel anticuado, viejo y desgastado. Diría que feo, estéticamente hablando. Aunque la verdad es que todas las banderas me parecieran feas, por más que todas no significaran lo mismo.

Supongo que sin esa bandera los Estados Unidos y sus patriotas de turno no sabrían qué ondear cada vez que conquistan un nuevo mundo; cada vez que sus soldados, con su banderita a escala, reparten razones para otro 11 de septiembre.



Trabajadores chinos hacen horas extras para producir banderas estadounidenses

Shangai (China). Mientras América envuelve sus heridas en rojo, blanco y azul, las fábricas de banderas en China están trabajando sin descanso para satisfacer la abrumadora demanda que hay en los Estados Unidos de la “Barras y Estrellas”.

Wu Guomin, director de la fábrica Shanghai Mei Li Hua Flags, ha recibido pedidos de clientes de Estados Unidos para fabricar más de medio millón de banderas durante la semana posterior a los ataques a Nueva York y Washington. “Imagino que como hacemos muchas de estas cosas, podríamos decir que nos sentimos más cercanos a lo que pasa allí”, dice Wu mientras señala una bandera estadounidense. “Trabajamos día y noche”.

La compañía Jin Teng Flag, en la vecina provincia de Zhejiang, cifra en 600.000 los pedidos recibidos. “Es una locura y muy, muy triste”, dice Jin Teng, propietario de la fábrica. “Todo el mundo está trabajando horas extras para intentar satisfacer la demanda”.

Jin y Wu dicen que, incluso, pese a la inminente celebración del Día Nacional de China, el próximo 1 de octubre, han tenido que parar la producción de las banderas chinas para completar los pedidos estadounidenses. [...]

Wu y Jin dicen que esperan que a los americanos no les importe que los chinos estén fabricando sus banderas. La manufactura de estos símbolos tan patrióticos ha causado problemas en el pasado. Tras la colisión el 1 de abril de un avión de reconocimiento de la Armada estadounidense y un reactor chino en la costa sureste de China, el Pentágono canceló los

contratos para vestir a los soldados del Ejército con boinas negras “made in china”. [...] <sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Pomfret, John. “Chinese Working Overtime to Sew U.S. Flags”. Publicado en *The Washington Post* el 20 de septiembre de 2001.

I'm a New York City man,  
you blink your eyes and I'll be gone  
Lou Reed. *NYC man*

### NEOYORQUINOS

Allá, en Nueva York, no hay nadie de fuera. Basta con pisar el asfalto para ser neoyorquino. No lo dudes, serás ignorado como uno más.

#### **Joe**

Joe era un veterano de Corea, y su historia aún no sé cómo recordarla, o más bien, no sé como juzgarla, aunque quién soy yo para hacerlo.

Él era mi compañero de piso. Bueno, en realidad el piso era suyo, uno grande junto a la Universidad de Columbia, heredado de sus padres, ya fallecidos. Además de ser compañero de piso fui su sobrino, sólo por un día, cuando alguien me preguntó qué hacía allí. Se suponía que a su muerte, el piso volvería a ser propiedad de la Universidad que, años atrás, se lo había cedido a su padre, que trabajaba para ellos. No estoy seguro de cómo era esta historia, pero el caso es que él no podía alquilar ninguna habitación, así que mejor ocultar que yo le pagaba casi 500 dólares al mes.

Viví con él algo más de un mes, mi primer mes, y a pesar de la dificultad para encontrar algo barato, en menos de una semana ya estaba durmiendo en un piso; ¡compartiendo techo con un veterano de Corea! No hay por qué temer, no tiene ni armas ni pesadillas ni se



levanta por la noche sudando buscando al enemigo comunista en la habitación del fondo.

Era extraño, un tío con sus rarezas pero con una claridad sorprendente en algunos momentos y con una simpleza de miras en otros.

Lo cierto es que muchas veces, por la noche, me contaba sus aventuras por el mundo, su vida de marinero cuando abandonó el ejército, después de ser herido en Corea. También me contaba que odiaba la caza, y esa costumbre norteamericana del culto por las armas, pero sin embargo tenía decenas de revistas del ejército. Aún más extraño fue oírle reconocer las atrocidades que su país hizo en Centroamérica. Parecía que sus viajes por el mundo le habían abierto la mente.

Pero Joe era un soldado, norteamericano, y patriota. Todavía buscaba enemigos por el mundo. Cuando lo conocí eran los chinos. Después del 11 de septiembre fueron los árabes.

### **José**

Murió recientemente, víctima de un cáncer, creo. Él era mi jefe, el que me contrató, el que confió en mí, el que me enseñó lo que sabía, y el que cada dos semanas dejaba un sobre con mi sueldo, lo que no niego que se agradecía.

Era puertorriqueño, pero estadounidense, veterano también, pero de Vietnam.

Diría que de periodismo sabía lo que los años le habían enseñado, trabajando en un periódico latino de Nueva York, aprendiendo la profesión de la única forma posible: saliendo a la calle.

Pero sobre todo tenía una banda de salsa. Yo la odio –la salsa–, o creía odiarla, hasta que un día vi tocar a su grupo en un local, pequeño, y desde luego nada que ver con lo que llega precedido de una gran dosis de promoción. –Escucha Sammy, esto es verdadera salsa– dijo ese día.

Y a él, yo diría que le caí bien. La verdad es que caí bien a casi todo el mundo. En ese periódico habían trabajado algunos españoles. La última fue una chica madrileña un año antes que yo. Por lo visto traía un aire de colonizadora que nadie tragó. Me contaron que presumía de su superioridad, de su dominio de la lengua española. Parece, por lo visto, que viajar no abre la mente de todo el mundo y que en España hay algunos que todavía echan de menos el imperio de antaño.

### **Mauricio**

Era colombiano. Tenaz, como diría él. Tendría mi edad, y su experiencia en la ciudad me ayudó a ser más neoyorquino, especialmente en mi búsqueda de locales nocturnos donde se sirviera algo de alcohol mientras suena la música. Él llevaba algo más de un año. Decía que quería venir a España a estudiar algún máster o algo así, pero era muy caro. También pensaba en venir a trabajar pero, en España, él sería un colombiano más.

Recuerdo que me hablaba de Colombia, de esa violencia que existe a diario en las calles de Bogotá, y la que existe en la selva y parece no acabar. Cada cual cuenta lo que vivió, y en Colombia, me confesaba, tenemos bombas y violencia a diario. Aquí, me decía,

están acostumbrados a tirarlas bien lejos. Hoy, dijo el 11 de septiembre, las han visto de cerca.

### **Mariela**

No me enamoré de ella, pero casi. Una argentina que llevaba una inmensa sonrisa y una cámara de fotos. Trabajaba para mi periódico sacando fotos de tipos con falsas sonrisas que miran a la cámara como si estuvieran posando y que luego quedaban perfectas para acompañar mis noticias sobre tipos sonrientes que no decían nada, salvo sonreír a la cámara y quedar bien.

Ella había venido con su marido desde la Argentina. No estaban bien las cosas en su país, así que, como tantos argentinos, a emigrar.

Era dinámica, activa. El día 11 de septiembre dejó de serlo. Yo no lo supe hasta un par de días más tarde. Por lo visto ella había estado cerca, a un par de manzanas de las torres. Los días posteriores, cuando volvió al trabajo, ya no reía. Tenía miedo. El metro, o cualquier sitio susceptible de ataques masivos, le aterraban. Yo solía ir con ella. Creo que le quité el miedo que tenía en su cuerpo. Le dije que a mí nunca me pasaba nada malo, así que si iba conmigo estaría a salvo. Mentía.

41 shots... cut through the night  
You're kneeling over his body in the vestibule  
Praying for his life  
Is it a gun, is it a knife  
Is it a wallet, this is your life  
It ain't no secret  
No secret my friend  
You can get killed just for living  
In your American skin  
Bruce Springsteen. *American skin*

**CORTESÍA, PROFESIONALIDAD Y RESPETO  
(New York City cops)**

No debía tener más de 10 años, pero sus manos eran capaces de sujetar tres hamburguesas a la vez. Junto a él, otros niños se afanaban en complacer a los anfitriones, bebiendo litros de Pepsi y devorando tarrinas de helado.

En el escenario, los chicos raperos de Queens se estrenaban ante sus colegas; en el césped, algo más lejos, algunos hacían de jinetes; en el castillo, otros niños saltaban; y junto a mí, apoyado en un árbol, había un tipo con pistola.

Ése era el día en que los tipos con pistola –y uniforme– invitaban a los niños y jóvenes del condado a una fiesta, con su comida, juegos y demás carantoñas para acercarse a los jóvenes. Para entendernos mutuamente –me dijo el jefe de policía–.

En Nueva York hay muchos policías que trabajan bajo la consigna que el New York Police Department

(NYPD) recuerda en todos sus vehículos: *courtesy*, *professionalism*, *respect* (no hace falta traducirlo, todos los policías del mundo se rigen bajo el mismo lema). El viejo “para proteger y servir” que se veía en *Canción Triste de Hill Street* pasó a la historia.

Allí la policía es toda una institución, además de una colección de furgonetas, caballos, motos, bicicletas, patines y patrulleras que se pasean por las calles, brindando seguridad a la población.

El NYPD arrastra una fama mundial que se vende como souvenirs: camisetas, gorras, calcetines, sudaderas, bolsas, impermeables, vasos, tazas, placas, mecheros, mochilas, etc. Y todo, bajo el control exhaustivo del departamento comercial, publicidad y propaganda –no puedo confirmar su existencia–, encargado de recaudar esas ingentes cantidades de dinero proveniente del *merchandising*.

Pero el NYPD es algo más: es la Ley de Tolerancia Cero propuesta por el alcalde Rudolph Giuliani y llevada a la práctica por el comisario Bernard Kerik. Si yo estuviera en España diría que se les perdió por el camino el prefijo “in” –puede que se lo dejaran en el campo de tiro–.

Esta tolerancia cero –con el crimen de la calle– ha sido todo un éxito: la delincuencia ha bajado vertiginosamente y los delitos de sangre, y todas las categorías en general, han colocado a la ciudad en unos niveles de “calma” nunca vistos.

Esta ley, apoyada incluso por la oposición demócrata, ha sido ampliamente criticada por algunos políticos de la izquierda y, obviamente, la mayoría de los grupos minoritarios.

Dentro de esta ley: el perfil racial, o sea, la encubierta discriminación a las minorías a la hora de detener, arrestar y... juzgar.

Esa tolerancia cero ha propiciado casos como el de los cuatro policías que tirotearon a un inmigrante guineano, Amadu Diallo: 41 disparos cuando éste abría la puerta de su casa, pero eso sí: todo con una asombrosa dosis de cortesía –buenas noches señor negro–, profesionalidad –se colocan los cuatro policías rodeándole, tal y como lo habían ensayado en otras mil ocasiones– y respeto –por favor señor negro, ¿le importaría sacar la cartera mientras le disparamos unos cuantos tiros?–.

Cuando estaba en Nueva York, un policía, Joseph Gray, condujo su coche a las nueve de la mañana en dirección al trabajo: una comisaría de Manhattan. Por el camino atropelló a una mujer embarazada, a su sobrina y a un niño. Todos muertos. Eran dominicanos y el escándalo no tardó en llegar. El accidente, curiosamente, se debió a que Gray iba completamente borracho. Además, acababa de salir de un bar de alterne, al que él, junto a otros compañeros, solía ir. Al policía no se le hizo análisis alguno para comprobar el nivel de alcohol y el juez lo puso en libertad bajo fianza, en la calle, mientras muchos se preguntaban si era práctica habitual el consumir alcohol cuando se empieza la jornada laboral y si los excesos y defectos policiales, con alcohol o no, tenían como destinatario a las minorías raciales.

Esto ocurrió en agosto de 2001, y me tocó ir a un homenaje a la familia, justo en el lugar donde fueron atropellados. Allí llegó el gobernador del Estado de

Nueva York, George Pataki, un republicano que vive bajo la sombra de Giuliani. Apareció prometiendo ayudas a los familiares e investigaciones que aclarasen las prácticas policiales. Allí se arrodilló y bajó su cabeza frente a la montaña de flores.

Días antes no había flores en aquel acto donde los policías, queriendo mejorar las relaciones con los niños de Queens, habían organizado una fiesta, invitándolos a hamburguesas, refrescos y helados. Ese día, un niño sujetaba en su mano tres hamburguesas, mientras a su lado algunos saltaban sobre castillos, o cantaban sus primeras canciones en un escenario mientras, junto a mí, apoyado en un árbol, había un tipo con pistola.



25 de febrero de 2000

Los acusados:

-Kenneth Boss, 28 años. Disparó 5 veces.

-Sean Carroll, 37 años. Disparó 16 veces.

-Edward McMellon, 27 años. Disparó 16 veces.

-Richard Murphy, 27 años. Disparó 4 veces.

Los abogados de la defensa han solicitado la libre absolución de los cargos de asesinato en segundo grado. Durante su exposición dijeron que los miembros del jurado deberían tener en cuenta el miedo que los oficiales tenían la noche que dispararon a Diallo, ya que estaban frente a alguien que ellos pensaban que era un

hombre peligroso. “Ellos cometieron un error”, dijo John Patten, abogado del oficial Carroll, “pero ellos creían honestamente que este tío les iba a disparar”.

Diallo recibió 19 de las 41 balas disparadas por los acusados el 4 de febrero de 1999.

Eric Warner, de la oficina del fiscal del distrito del Bronx, pidió a los miembros del jurado que se pusieran en el lugar de Diallo, describiendo lo que el inmigrante debió sentir mientras se aproximaban cuatro policías blancos armados. “No hubo ni una pizca de justificación. Quién no estaría asustado frente a cuatro tíos grandes con pistolas”, dijo.

26 de febrero de 2000

Portavoz del jurado: No culpable

Secretaria judicial: ¿Es unánime el veredicto?

Portavoz del jurado: Sí

Steven Worth, abogado defensor: Obviamente estamos muy agradecidos con el veredicto de hoy. Éste es el que es. En este caso no hay victorias.

Robert T. Jonson, fiscal del distrito del Bronx: A pesar de que no estamos de acuerdo con el veredicto del jurado estamos satisfechos de que la gente de Albany (capital del Estado de Nueva York) que se sienta en este jurado haya prestado su entera y justa atención.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Extracto del juicio contra los cuatro agentes de la policía de Nueva York acusados del asesinato de Amadu Diallo publicado por la cadena de televisión CNN.



Para los periodistas que trabajamos con las personas, que intentamos comprender sus historias, que tenemos que explorar y que investigar, la experiencia personal es, naturalmente, fundamental. La fuente principal de nuestro conocimiento periodístico son “los otros”. Los otros son los que nos dirigen, nos dan sus opiniones, interpretan para nosotros el mundo que intentamos comprender y describir. Ryszard Kapuściński. *Los cínicos no sirven para este oficio*

### **IDEOLOGÍA VERSUS PROFESIONALIDAD (charlando con un cowboy de la información)**

Todavía recuerdo a ese periodista. Era un tío negro que trabajaba para la cadena de televisión ABC; era algo raro: vestía como un vaquero, con sombrero y botas de cowboy. No sé, un vaquero negro, en medio de Manhattan, y entrevistando a uno de esos altos cargos de la policía, de cara irlandesa y nombre irlandés, se me hacía extraño; pero claro, para rarezas, Nueva York.

Yo había ido con el fotógrafo de mi periódico a la reapertura del túnel Holland y allí, mientras esperábamos a que se celebrara el acto, ese reportero se acercó y empezamos a hablar de algo. No lo recuerdo bien, pero el caso es que terminamos criticando la postura del norteamericano medio y su absoluta ignorancia de lo que pasaba en el mundo, en su país y hasta en su propia ciudad. Él hablaba del nulo conocimiento que hay de la colaboración de Bin Laden con la CIA, en aquellos años en los que el enemigo era la Unión Soviética y los fundamentalismos islámicos

eran la manera más eficaz de poner freno al poder comunista.

Tenía razón: el ciudadano medio no sólo lo desconoce sino que parece no querer saberlo. Yo, en esa conversación, mantenía la cautela: no era el momento ni la persona adecuada para exponerle mis ideas y soltarle mi discurso anti-imperial, con la necesaria crítica a los medios, por no decir lo que se sabe en antena. Sin embargo, el periodista estadounidense tiene fama de ser un buen profesional. Lo que es cierto. También lo es el requisito de que un periodista debe estar al tanto de la actualidad, conocida o desconocida para el público. Y bueno, lo que decía me parecía sensato, coherente y, además, lo compartía. Pero lo extraño no fue esto. Lo extraño era él. No me explico que esa profesionalidad, y ese conocimiento paralelo, no derivase en una postura política crítica acorde con lo que sabía, con lo que me decía.

Este periodista llevaba una bandera norteamericana en su sombrero de cowboy, con su chaqueta de cuero, con flequillos colgando, con botas puntiagudas, y mientras hablaba de lo que la CIA tenía de responsabilidad por haber financiado a Bin Laden.

Sinceramente, no lo entiendo. No me lo pude explicar, y sigo sin entender cómo se puede compaginar esa bandera con las frases que salían de su boca.

¿Es posible que el profesionalismo sea tan superior al mío que permita que el conocimiento profesional sea tan “profesional” que no afecte luego a su sentimiento patriota? La otra posibilidad, creo, es que les cuesta establecer un nexo de unión entre ambas realidades, la profesional y la ideológica. Yo intento guardarme la

ideológica cuando la profesional debe prevalecer, pero siempre, casi siempre, termino encontrando restos de lo que pienso.

Todo esto ocurría semanas después de los ataques del 11 de septiembre y, a esas alturas, Peter Jennings, famoso presentador de la ABC, ya había sido criticado por dudar de la “huída” del presidente Bush en las horas posteriores a la tragedia –humana–. Es canadiense, y claro, ahí estaba: excusa perfecta para tacharlo de anti-americano por parte de medios competidores y de una opinión pública mucho más patriota que semanas atrás. Peter Jennings, dicen que bajo la amenaza de su propia cadena, presionada a su vez por la mayoría de las grandes empresas que le pagan la publicidad, terminó por pedir públicas disculpas al haber puesto en duda la actuación del presidente Bush.

Días después volví a ver a aquel periodista vaquero. No hablé con él. Sólo me limité a mirarlo, con su bandera de barras y estrellas pegada al sombrero, y su traje de cowboy mientras “sus soldados” buscaban en Afganistán a ése del que nadie conoce su pasado. Él sí sabía que “sus soldados” buscaban a un antiguo colega de la CIA. Y ahí seguía, con su bandera de barras y estrellas.



El presentador del programa de entrevistas de la ABC, *Politically Incorrect* (Políticamente incorrecto), Bill Maher, tuvo la osadía de decir: “nosotros hemos sido los cobardes, lanzando misiles cruceros desde 3.000 kilómetros de distancia. Eso es ser cobarde. Quedarse en el avión cuando choca contra un edificio, digan lo que quieran de ello, eso no es ser cobarde”. Maher, que está lejos de ser un extremista de izquierdas –ha defendido opiniones polémicas sobre la prostitución y el feminismo y sobre la legalización de las drogas, disgustando a liberales y conservadores por igual– fue inmediatamente sancionado por expresar su opinión (una libertad, que uno supondría, estamos intentando proteger) y obligado a disculparse.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> R. Danielle Egan, “Cobardía” en J. Collins y R. Glover *Lenguaje colateral*. Editorial Páginas de Espuma, Madrid, 2003.